

18º Congresso Brasileiro de Sociologia
26 a 29 de julho de 2017, Brasília (DF)

GT09: Pensamento Social no Brasil

Os sociólogos e o pensamento social na Argentina

Juan Pedro Blois (UNGS-CONICET)

Introducción

Las relaciones de los sociólogos con el llamado ensayismo o pensamiento social en la Argentina no carecieron, tal como ocurrió en otros países de América Latina, de tensiones y conflictos. El lugar que debía reconocerse a las tradiciones intelectuales locales fue, en efecto, uno de los principales puntos de desacuerdo entre quienes se reconocían y buscaban ser reconocidos como sociólogos, dando lugar a agudas disputas y controversias.

Mientras algunos, con base en la idea de que la sociología debía constituirse como un saber científico “universal”, tendían a menospreciar aquel conjunto de obras en favor de la incorporación de las herramientas y perspectivas elaborados en los centros mundiales de la disciplina; otros, preocupados por construir una perspectiva de análisis enraizada en la realidad local –que en algunos casos se asumía como una “sociología nacional”–, defendieron aquellas obras como un insumo fundamental y como un interesante objeto de estudio. Para unos el pensamiento social, siempre proclive a recaer en el análisis “impresionista” y carente de rigor, no despertaba interés. Para los otros, en contraste, ese cuerpo de obras ofrecía una mirada original capaz de dar cuenta de las particularidades de su sociedad, con un potencial heurístico mucho mayor que aquél propio de las teorías desarrolladas en y para otras latitudes.

Las tensiones y conflictos pueden ser rastreados desde fines del siglo XIX cuando surgen las primeras cátedras de sociología y comienza a haber un conjunto de intelectuales que se identifican a sí mismos como “sociólogos” y “científicos” (Altamirano, 2004). La cuestión, no obstante, reconoce un punto de inflexión a mediados del siglo pasado cuando la creación de la primera carrera de sociología en la Argentina (en la Universidad de Buenos Aires) coincidió con la afirmación de una corriente u orientación, la “sociología científica”, que sobre la base de la confianza en las nuevas metodologías y teorías desarrolladas en los Estados Unidos, planteaba una ruptura con las formas en que hasta allí se había abordado el estudio de la sociedad argentina. La ruptura, de acuerdo a esa mirada, debía darse con quienes habían venido promoviendo el desarrollo de la sociología, que despectivamente comenzaron a ser llamados “sociólogos de cátedra”, pero también con el pensamiento social, el conjunto de análisis e

interpretaciones sobre la sociedad argentina que desde sus orígenes en el siglo XIX había ofrecido un conjunto de obras de gran impacto social e intelectual.

En línea con un conjunto de trabajos que, desde distintas perspectivas, han abordado el análisis de la relación entre la sociología y el pensamiento social en la Argentina (González, 2000; Jackson y Blanco, 2014; Neiburg, 1999; Runinich, 1999; Saítta, 2004; Sarlo, 2001), esta ponencia se propone reconstruir los diversos posicionamientos que los sociólogos asumieron frente al pensamiento social en el período que va desde mediados de los años cincuenta, momento de afirmación de la “sociología científica”, hasta mediados de los años setenta, cuando la instalación de la represión propiciada por las autoridades políticas se tradujo en un claro repliegue en la labor de los sociólogos y en la clausura de los principales debates y polémicas que hasta allí habían caracterizado el escenario de la sociología local. Aun cuando se examinen parte de las reacciones de los ensayistas frente a la sociología, el foco del trabajo será colocado en las disputas de los propios sociólogos en torno al papel que el ensayismo debía jugar en el desarrollo de su disciplina.

Sin desconocer la existencia y gravitación de otras instituciones, el análisis estará centrado en lo ocurrido alrededor de la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires (UBA), el más importante espacio de formación en el período analizado. En efecto, desde su creación en 1957 esta institución contó con la matrícula de estudiantes más elevada y el plantel docente más amplio. Asimismo, buena parte de las figuras más relevantes del momento, algunos de cuyos posicionamientos serán examinados, se formaron o eran profesores de esa institución. Además, su ubicación en la ciudad capital en un país que tendió siempre a un fuerte centralismo reforzaba su gravitación. De ese modo, aun cuando esa carrera no agotaba el conjunto de espacios propios de la disciplina, ofrece una buena base desde la que reconstruir los debates y polémicas que aquí nos interesan.

El trabajo sigue un orden cronológico. En primer lugar, se analiza el momento de creación de la Carrera de la UBA y la conflictiva relación que sus autoridades plantearon con las tradiciones locales de pensamiento. A continuación, se reconstruye la emergencia de un conjunto de posiciones que, preocupadas por la dependencia intelectual, reaccionaban contra la “importación” de ideas y reivindicaban el pensamiento social. Finalmente, se

presentan algunas reflexiones sobre la forma en que las disputas entre los partidarios de una sociología con pretensiones científicas y los defensores del ensayismo limitaron el cruce o diálogo entre la sociología y el pensamiento social. El *corpus* analizado es variado: además de las publicaciones (en formato de libros y artículos) de los sociólogos y ensayistas, se revisaron materiales documentales vinculados a la Carrera de Sociología de la UBA (programas de materias, planes de estudio, publicaciones institucionales, actas del Consejo Directivo de la Facultad de Filosofía y Letras), notas en diarios y revistas masivas, así como entrevistas con actores relevantes del período¹.

La “sociología científica” y la ruptura con el pensamiento social

La creación de la Carrera de Sociología de la UBA fue parte de la oleada de renovación de las ciencias sociales que se dio en diversas latitudes a partir de la posguerra. Promovida por diversas instituciones internacionales y extranjeras (la Unión Panamericana, la UNESCO, el *International Social Science Council* y agencias filantrópicas como las fundaciones Rockefeller y Ford), esa renovación buscaba “modernizar” las ciencias sociales latinoamericanas según el modelo ofrecido por la sociología norteamericana. Semejante iniciativa, como es sabido, no respondía a una vocación puramente cultural, vinculada a la producción de un conocimiento sin otro fin que el conocimiento mismo. Lejos de ello, la sociología debía configurarse como un insumo fundamental para las tareas de planificación e intervención estatal que la promoción del desarrollo le imponía a los países “atrasados” (Blanco, 2006; Picó, 2003).

En sintonía con esas ideas, quienes se hicieron cargo de la organización de la Carrera de la UBA asumieron que el impulso de la sociología dependía de la rápida incorporación de los estilos de trabajo, teorías y metodologías irradiados desde los Estados Unidos. Aun cuando el director y la cara más visible de ese proceso, el sociólogo italiano Gino Germani, no desconociera los riesgos asociados al “problema de la recepción” (y de la “aceptación acrítica de todo [...] lo que se origina en los centros intelectualmente más avanzados”)

¹ Este trabajo retoma y reelabora una parte de los hallazgos de una investigación más amplia sobre el desarrollo sociohistórico de la sociología en la Argentina entre 1957 y 2007 (Blois, en prensa).

(Germani, 1964: 5), la influencia externa fue asumida como algo deseable y necesario en vistas de superar el “atraso” de la sociología en el medio local. De ahí su empeño constante por fortalecer sus vínculos internacionales, en búsqueda de ideas y matrices analíticas, pero también de financiamiento en el que apoyar sus iniciativas institucionales (Pereyra, 2005).

Los logros en ese sentido no fueron magros. En un corto intervalo de tiempo, la sociología argentina atravesó una reformulación profunda de sus principales temas de interés y de la forma de encararlos. La indagación empírica, que no había tenido un marcado impulso hasta allí, se volvió frecuente. Los cuantiosos recursos extranjeros financiaron la formación de un buen número de jóvenes graduados en el exterior, la llegada de profesores visitantes y la organización de una biblioteca actualizada (Germani, 2004; Noé, 2005). Dado lo anterior, no debería sorprender que la promoción de la sociología, tanto para los profesores como para los primeros alumnos, apareciera como una empresa eminentemente “importadora”, estrechamente vinculada a los desarrollos “de punta” elaborados en otras latitudes².

En ese marco, y pese a que no habían sido pocos los avances institucionales que la disciplina había tenido en los años previos (Blanco, 2006; González Bollo, 1999; Pereyra, 2005), la creación de la Carrera no fue concebida ni presentada como la coronación de los desarrollos previos. Lejos de ello, según Germani, era indispensable introducir una fuerte ruptura con quienes hasta allí se habían venido haciendo cargo de la enseñanza y el cultivo de la sociología en el medio local. En su visión, las transformaciones experimentadas por la sociología a nivel mundial habían hecho de ella una disciplina inaccesible para los “sociólogos de cátedra”, unos “anticuados” profesores dotados de una formación humanista o legal poco propicia para lidiar con las nuevas metodologías y herramientas analíticas (Germani, 1964). Aún más, consciente de que buena parte de esos profesores alternaba su trabajo como sociólogos con otras labores –formados en Derecho, una buena parte ejercía la abogacía–, Germani insistió una y otra vez en que la sociología debía asumirse como una profesión de tiempo completo (Blanco, 2006). Según su diagnóstico, si se quería promover el desarrollo de la disciplina en el país,

² Para tener una idea del apoyo recibido, cabe señalar que el Departamento de Sociología de la UBA recibió 245 mil dólares de las fundaciones norteamericanas (Verón, 1974); cifra que, calculada a los valores de hoy, rondaría los dos millones de dólares.

era preciso dejar atrás un “círculo vicioso” según el cual no había “espacios de formación adecuados” porque no había “especialistas”, y no había “especialistas” porque no había “espacios de formación adecuados” (Germani, 1979 [1961])³.

Pero la “sociología de cátedra” no sería la única tradición intelectual dejada de lado. El denominado pensamiento social sufriría una misma exclusión. Es que, en su convencida creencia en el carácter “científico” de la sociología, Germani y sus colaboradores no dudaron en trazar una clara frontera entre la “nueva” disciplina y la producción ensayística. Para ellos, el pensamiento social no era más que una forma de saber secundaria, carente de rigor, siempre proclive a respaldar sus afirmaciones en las impresiones “subjetivas” o experiencias de su autor antes que en la consideración sistemática de las evidencias y los hechos (Sigal, 1991; Terán, 1993). Así, lejos de la postura de una parte de los “sociólogos de cátedra” que se habían mostrado preocupados por reconstruir y dar a conocer las tradiciones locales de pensamiento⁴, Germani y sus colaboradores no veían en ese *corpus* un conjunto de análisis en el que la sociología debía buscar inspiración o nutrirse. El conocimiento de la realidad nacional no vendría del diálogo con las tradiciones locales de pensamiento, sino de la incorporación, ciertamente urgente, de las ideas y enfoques más “avanzados” elaborados en otros países.

La oposición planteada entre la sociología como una forma “científica” de abordar la realidad y el conjunto heterogéneo de discursos intelectuales asociados al pensamiento social fue una de las principales iniciativas desplegadas por Germani en vistas de legitimar la sociología en el espacio intelectual más general, espacio donde el ensayistas gozaban de un amplio reconocimiento y prestigio, visible en la repercusión de sus ideas tanto como en el volumen de ventas de sus libros (Saitta, 2004). Así, aun cuando en más de una oportunidad reconociera en esa tradición algún antecedente valioso (Germani, 1979 [1956]; 1964), el sociólogo italiano tendió por lo general a ningunear sus diversos aportes. Así, por ejemplo, en una nota publicada en el

³ La vocación excluyente fue tal que la constitución del plantel docente –más allá del aporte de los profesores extranjeros visitantes- supuso la incorporación de un puñado de intelectuales más o menos reconocidos pero sin formación sociológica específica, así como el reclutamiento de un amplio conjunto de jóvenes graduados de otras carreras a los que rápidamente, tras cursar unos pocos seminarios y materias, se los hacía docentes de la flamante carrera (Blois, en prensa; Germani, 2004)

⁴ Entre las principales líneas de indagación del Instituto de Sociología de la UBA fundado en 1940 figuraba el estudio de las “ideas sociales y políticas argentinas” (González Bollo, 1999).

popular semanario *Confirmado* en julio de 1965, no rehuía el tono polémico al referirse a uno de los más renombrados ensayistas argentinos fallecido hacía poco tiempo:

Hice un análisis de toda la obra de Ezequiel Martínez Estrada para ver que había en ella de rescatable [...] No hay casi nada. La verbosidad sociologista es un típico fenómeno latino; con la particularidad de que los ensayistas europeos, más modestos, no pretenden hacer sociología (citado en *Confirmado*, 16/7/1965, p.37).

El problema, según Germani, no era la pervivencia del ensayismo sino su pretensión de sustituir a la sociología y su menosprecio por la metodología científica. La relevancia que le daba al asunto era tal que aún en 1968, habiendo abandonado la Argentina e instalado ya en Harvard, volvía a la carga:

Hasta hoy, para los más influyentes intelectuales argentinos, la imagen y el contenido de la sociología son percibidos según el estilo y el enfoque definidos por la tradición del pensamiento social. Martínez Estrada, uno de los mejores escritores, y uno de los más eminentes “pensadores sociales” contemporáneos, considera que el enfoque literario de Sarmiento es el más indicado para comprender la sociedad y sus problemas, y que constituye un ejemplo de lo que deberían ser la sociología y sus métodos (Germani, 1968: 394).

El clivaje promovido por Germani entre la “sociología científica” y el pensamiento social caló hondo en la configuración de la Carrera de la UBA. Si se observan los programas de las materias de este período, se constata la virtual ausencia, más allá de los contenidos de las materias sobre historia argentina, de obras que aborden el análisis de la sociedad argentina (con la excepción de las publicaciones del propio Germani y sus colaboradores). Así, a pesar de que el sociólogo italiano promoviera un fuerte compromiso con el conocimiento de la realidad local, el material de lectura predominante suponía una bibliografía que no había sido elaborada para describir o analizar esa realidad. La Carrera nacía de ese modo en el marco de un curioso planteo: la decidida vocación por estudiar la sociedad argentina iba de la mano de un profundo desconocimiento o desinterés por las obras de quienes –aun cuando no lo hubieran realizado según los cánones que la flamante institución se proponía difundir– la habían estudiado en el pasado.

Con todo, el plan de estudios con el que se formaban los futuros sociólogos contemplaba el dictado de una materia –titulada “Sociología argentina”– donde una parte de las tradiciones intelectuales locales podían ser trabajadas. Ahora bien, por su lugar y estatus en la cursada tanto como por el

perfil del profesor designado, esa materia no haría mucho para jerarquizar esas tradiciones en el seno de la Carrera.

Por un lado, se trataba de una materia optativa, es decir, una materia que los alumnos podían (o no) hacer dependiendo de sus intereses y cuyos contenidos, por lo tanto, no formaban parte del núcleo mínimo de saberes y conocimientos en el que todo graduado debía ser introducido. Por el otro, su titular, Carlos Alberto Erro era un profesor anticuado, cuyas disposiciones resultaban desfasadas en el contexto de una institución con una vocación claramente modernizadora; alguien que, pese a su prestigio como escritor y ensayista (Fiorucci, 2011)⁵, no demoró en suscitar un extendido rechazo entre la mayoría de los estudiantes y una buena parte de sus colegas.

La materia de Erro abordaba una buena parte del conjunto heterogéneo de temas que en el pasado habían ocupado al pensamiento social. Allí, entre otras cuestiones, se promovía una discusión sobre la “estructura social de la colonia”, la “ciudad indiana”, el “problema del desierto y su influencia sociológica”, “la estancia” y sus diferencias con la “chacra”, “el gaucho, su filiación como ser y como poblador campesino”. Aun cuando se privilegiaban los temas y obras del siglo XIX (con autores como Sarmiento, Alberdi o Echeverría), había lugar también para una parte del ensayismo más reciente (como Eduardo Mallea, Raúl Scalabrini Ortiz y el propio Ezequiel Martínez Estrada). Ahora bien, su estilo de trabajo tanto como la forma tradicional en que daba sus clases estaban muy lejos de tender puentes con el resto de las materias y el espíritu más general de la nueva institución. Sin experiencia en la enseñanza de la sociología ni entrenamiento específico en la materia, Erro no ocultaba sus preferencias, muchos más próximas del ensayismo y la literatura que de la asunción del estudio de lo social como un ejercicio metódico y empíricamente fundado⁶. Por lo demás, el nivel de sus clases no era el más adecuado⁷.

⁵ Miembro del grupo Florida en su juventud, Erro era un activo partícipe en los espacios intelectuales tradicionales vinculados al liberalismo, llegando a ocupar la presidencia de la prestigiosa Sociedad Argentina de Escritores (SADE) en dos oportunidades.

⁶ Así, por ejemplo, en el nº4 de los *Cuadernos del Boletín del Instituto de Sociología*, en un texto titulado “La sociedad campesina de la pampa y el litoral. El gaucho y su mundo”, el flamante profesor afirmaba: Lo mejor que se ha dicho sobre el gaucho –y lo más exacto científicamente- lo han expresado nuestros grandes escritores: Sarmiento, en los primeros capítulos de Facundo; José Hernández, en Martín Fierro; Lugones, en El Payador, y Ricardo Güiraldes, en Don Segundo Sombra. Comparada con la aportación interpretativa que contienen estas obras literarias, la cosecha de nuestros sociólogos –José María Ramos Mejía, Carlos Octavio Bunge, Agustín Álvarez-, es magra y en buena parte falsa o por lo menos hartó

Como podría intuirse, su presencia en la novel carrera resultaba desconcertante para buena parte de los profesores y alumnos. Tal vez, como sugiere Blanco, su incorporación tenía una fundamentación política: la presencia de un reconocido intelectual liberal ofrecía a la nueva empresa institucional una suerte de “escudo protector” frente a los “poderes tradicionales”, siempre proclives a ver en la sociología una disciplina “subversiva” (Blanco, 2006). Como sea, dada la escasa valoración que Germani le asignaba a la “sociología argentina”, la cuestión no resultaba demasiado sensible. En esas condiciones, el pensamiento social no dejaba de estar presente en la nueva carrera pero lo hacía de una forma degradada, tanto por su “encapsulamiento” en una sola materia como por el perfil de su docente. Más que propiciar acercamientos o diálogos, semejante situación no hacía más que reforzar las distancias⁸.

Según Jackson y Blanco, la ruptura que Germani y sus colaboradores trazaron con el ensayismo no puede ser entendida si no es vinculada al carácter “especulativo” y “esencialista” que ese género había adquirido en la Argentina, en particular a partir de los años treinta. A diferencia del pensamiento social brasileño, que se constituyó como una transición o “puente” entre la literatura y las ciencias sociales, el pensamiento social argentino había cultivado un perfil más literario, donde el recurso a la idea de un “ser” o “esencia” nacional conspiraba contra la construcción de una mirada histórica y

controvertible (Erro, 1957: 108). Para tener una idea del carácter peculiar de la intervención de Erro, cabe recordar que los *Cuadernos*, publicados como material auxiliar para el dictado de las distintas materias, presentaban en su mayoría obras o artículos de sociólogos o psicólogos sociales extranjeros, casi todos norteamericanos.

⁷ Según recuerda, Juan Carlos Marín, uno de los primeros graduados de la novel carrera: “Erro siempre fue una persona a la cual Germani respetó y lo trató como un monumento histórico [...] pero intelectualmente todos sabíamos que era tremendamente limitado, ingenuo, elemental y que hacía mucho tiempo que no estudiaba, y que era capaz de quedarse dormido en reuniones importantes [En] el sentido académico, era una vergüenza” (Marín, s.d.: 16). Por su parte, según Miguel Murmis, uno de los más reconocidos colaboradores de Germani, Erro daba “clases muy flojas: algunas veces le reprocharon a Germani, con razón, que él criticaba tanto a los ensayistas y lo trajo a Erro [...] un día me acerqué al aula donde tenía que dar clase Erro, y en el aula decía “Profesor Erro”; y alguien le puso el acento en la “o” y le agregé “la vocación”, y quedó “Erró la vocación”. Los alumnos lo tomaban a broma o usaban su materia para tener una materia más aprobada...” (Murmis, 2004: 222, 223).

⁸ Y, de hecho, la recepción de los alumnos hacia Erro no fue la más cálida. Su estilo tanto como el abanico de temas tratados no despertaron el entusiasmo de quienes se sentían más atraídos por la idea de la sociología como una “ciencia”. Los estudiantes que, no obstante, decidían hacer la materia lo hacían por lo general para alivianar la carga de sus estudios: sin cursarla, rendían los exámenes libres para sumar una materia más en su legajo. La situación fue tan evidente que motivó su tratamiento en el Consejo Directivo de la Facultad, máximo órgano de la Facultad, donde los representantes estudiantiles, luego de dos largas sesiones obtuvieron el rechazo del programa ofrecido por Erro. Cabe señalar que los representantes de los profesores coincidían con los argumentos de los alumnos pero temían que la censura a su colega –algo que no tenía antecedentes en la historia de la Facultad– pudiera afectar su continuidad laboral (en: Actas del CD de la FFyL-UBA: 28/7/1965).

social más próxima al discurso de las ciencias sociales. Mientras los autores brasileños no dudaron en utilizar, con diversos grados de rigurosidad, un conjunto amplio de materiales empíricos y documentales, sus pares argentinos privilegiaron las “intuiciones” y “experiencias personales”. En ese sentido, y aun cuando en Brasil no faltaron los conflictos y disputas entre el pensamiento social y la sociología, existió, como destacan esos autores, una marcada continuidad. En contraste, en la Argentina la “sociología científica” casi no abrevó en las interpretaciones y esquemas movilizados por los ensayistas (Jackson y Blanco, 2014).

El perfil y formación de los ensayistas brasileños y argentinos fueron, como apuntan esos autores, un elemento de peso: mientras los primeros tenían una formación universitaria y buscaron vincularse de una u otra forma con las nacientes ciencias sociales y la vida académica, los segundos eran autodidactas que desarrollaron una carrera por fuera del sistema académico formal (Jackson y Blanco, 2014). Pero también cabría agregar las propias disposiciones de Germani para quien, siendo un inmigrante italiano, las tradiciones locales de pensamiento no podían dejar de resultarles un tanto ajenas. La exclusión sin más del ensayismo no era quizás más que una muestra de sus propias limitaciones vinculadas a su particular trayectoria. El purismo científico, así como su permanente preocupación por trazar límites y clasificaciones (“pre-sociología” y “para-sociología”; “sociología de cátedra” y “sociología científica”) (Blois, 2009), pueden ser pensados como parte de una estrategia preocupada por valorizar sus propios saberes o capitales y desvalorizar aquéllo que desconocía o en lo que no se sentía tan fuerte.

La “sociología nacional” y la recuperación del pensamiento social

Luego de la caída del peronismo en 1955, y en particular a partir de los años sesenta, se produce una marcada apertura económica y cultural hacia el exterior. Al tiempo que la llegada de inversiones extranjeras y la instalación de empresas multinacionales modificaban profundamente la estructura productiva del país, la influencia de diversas corrientes de ideas provenientes del exterior (visibles en los cambios en las preferencias musicales, en las formas de vestir, en las pautas de consumo en el hogar, etc.) alentaban cambios en las pautas

culturales de amplias franjas de la población (Pujol, 2007). Algunos sectores, entre los que se destacaban los medios de prensa masiva identificados con el liberalismo y el desarrollismo, saludaban esa apertura como parte de la necesaria modernización e integración de la Argentina al mundo. Otros, entre los que se destacaban crecientes franjas de la intelectualidad de izquierda, desconfiaban del influjo de lo extranjero –en particular de lo norteamericano– y de sus beneficios para el país. Los movimientos de independencia nacional en las ex colonias en África y Asia, pero sobre todo el proceso de radicalización de la Revolución Cubana, fueron reforzando las convicciones de quienes se sentían cada vez más comprometidos con la idea de una “liberación nacional”. Las miradas “revisionistas” de la historia nacional que, construidas por sectores nacionalistas y conservadores, venían denunciado desde hacía décadas al imperialismo inglés y norteamericano como las principales causas de los infortunios nacionales, se volvieron hegemónicas entre los intelectuales de izquierda. En ese marco, el “antiimperialismo” se afirmó como una matriz casi omnipresente en los medios intelectuales y universitarios (Tortti, 2006).

Como se podría esperar lo anterior no demoró en afectar el desarrollo de una empresa que, como la “sociología moderna”, venía promoviendo la “importación” de sus principales ideas y enfoques, mientras financiaba sus iniciativas con el aporte de las fundaciones norteamericanas. Así, alentada por una franja creciente de intelectuales y sociólogos (entre los que figuraban algunos de los colaboradores del propio Germani) pero sobre todo por un estudiantado cada vez más “politizado”, comenzó a difundirse una idea que hacía de la “sociología científica” una forma más de la “penetración imperialista” que afectaba al país (Blois, 2009; Germani, 2004; Noé 2005). En ese escenario, comenzaron a surgir y ganar gravitación las voces que llamaban a la construcción de una “sociología nacional”, capaz de superar la “alienación” propia de quienes abordaban el estudio de la sociedad argentina con categorías y esquemas de pensamiento elaborados en y para otras latitudes. Lo que Germani y sus colaboradores tenían para ofrecer resultaba cada vez más desfasado respecto de las expectativas de quienes se interesaban por la sociología (Blois, en prensa).

Con todo, la difusión de la llamada “sociología nacional” en las materias y programas de la Carrera de la UBA sólo se produjo luego del golpe militar de

1966, cuando la intervención dispuesta por el flamante gobierno en las universidades se tradujo en el reemplazo casi total de su plantel docente y de quienes habían venido promoviendo el desarrollo de la “sociología científica”⁹. Inicialmente, las nuevas autoridades, preocupadas por disciplinar la vida universitaria –a la que veían como uno de los principales focos de irradiación “subversiva”–, procuraron reclutar a docentes que les fueran afines, en especial en los sectores de la intelectualidad católica (que había apoyado de manera casi unánime el quiebre institucional). Antes que sus credenciales académicas lo que importaba era su orientación ideológica y su compromiso con los ideales del gobierno. En ese marco, se dio la inclusión de un buen número de profesores que no ocultaba sus simpatías con el nuevo escenario (Faigón, 2012). Hubo también, sin embargo, otros que no demorarían en mostrar una sensibilidad y orientación ideológicas muy distintas. Entre ellos, Justino O’Farrell y Gonzalo Cárdenas¹⁰, dos profesores provenientes de la Universidad Católica Argentina (UCA), que prontamente asumieron posiciones contestatarias; posiciones que resultaban afines con las demandas de un estudiantado que, con base en una activa movilización, resistía el accionar represivo de las nuevas autoridades y la prohibición de la militancia política en las universidades. De esta convergencia entre nuevos docentes y estudiantes embarcados en un proceso de politización surgieron las llamadas “cátedras nacionales”, un conjunto de materias que, apuntando contra la “sociología científica”, promovía una refundación de la disciplina (Moscona, 2010).

Los cambios impulsados no eran menores. Para estos sectores, que no ocultaban una decidida vocación iconoclasta tendiente a barrer con las reglas del juego trazadas en el período anterior (Rubinich, 1999), la sociología debía abandonar la pretensión de configurarse como una disciplina académica o profesión de consulta –como lo habían querido Germani y sus colaboradores– para insertarse de lleno en los conflictos que agitaban la sociedad argentina. Identificados con el peronismo y rehuendo cualquier pretensión de neutralidad valorativa, las “cátedras nacionales” concibieron su labor como un aporte al

⁹ De los veintiocho profesores del Departamento, sólo cuatro permanecieron en sus cargos (García-Bouza y Verón, 1967).

¹⁰ O’Farrell era un sacerdote que había realizado estudios de sociología en la Universidad de Berkeley. Cárdenas, por su parte, había estudiado Economía en Lovaina y tenía amplios conocimientos en historia latinoamericana. Su radicalización política era parte del proceso de activación e “izquierdización” de amplios sectores del catolicismo que se venía dando en el país y en la región (Rubinich, 1999).

desarrollo de una “conciencia peronista” y revolucionaria en los medios universitarios y más en general en los sectores populares. Su antiademicismo abarcaba buena parte de los aspectos de la cursada –entre otras iniciativas, se eliminaron los exámenes individuales– y reconocía en las demandas del estudiantado su principal punto de apoyo.

Influidos por los enfoques que en los centros mundiales de la disciplina denunciaban a la sociología funcionalista como una sociología conservadora, los integrantes de las “cátedras nacionales” no dudaban en asimilar la “sociología científica” a una “contraideología” orientada a contrarrestar el creciente predicamento de las ideas antimperialistas y a cooptar, en base a los generosos subsidios ofrecidos por la filantropía académica, a los intelectuales latinoamericanos en pos de facilitar su sumisión a los dictados del imperialismo (Carri, 1969). En función de ello, según su visión, era imperativo alentar una sociología susceptible de dar cuenta de un modo “particular” y “propio” de la realidad argentina, sin los sesgos propios de las corrientes extranjeras. La preocupación por la “dominación y la dependencia” como condicionantes de las perspectivas sociológicas, así como por la búsqueda de nociones “arraigadas y referidas a nuestros países” fueron moneda corriente en la fundamentación de sus programas. A partir de sus clases, la problemática “nacional”, “latinoamericana” y “tercermundista” no haría más que ganar presencia y visibilidad en la Carrera (Blois, en prensa)¹¹.

Fue en ese contexto que los partidarios de la “sociología nacional” comenzaron un enérgico movimiento de reivindicación del pensamiento social o ensayismo. Autores como Rodolfo Puigróss, Jorge Abelardo Ramos, Juan José Hernández Arregui, Raúl Scalabrini Ortiz o Arturo Jauretche, fueron introducidos en forma masiva en los programas de las materias. Con ello, según su visión, sería posible estimular en los alumnos un mayor conocimiento de la propia sociedad y de su historia, dar una idea más ajustada de las problemáticas y desafíos del país, descuidados en el período anterior por

¹¹ Semejante orientación, por supuesto, era parte de un proceso más general que se venía dando en la región vinculado al creciente ascenso de la llamada teoría de la dependencia. Ese teoría, que tuvo como epicentro el circuito intelectual ubicado en Chile (Beigel, 2006), contribuyó al cuestionamiento generalizado de aquellas miradas que, como las de Germani y buena parte de sus seguidores, habían planteado una transición de la sociedad tradicional a la moderna que no veía una contradicción insalvable entre los países centrales y los periféricos. La nueva teoría, que tenía diversas versiones, alcanzó una marcada difusión en la Argentina y reforzó la posición de quienes, lejos de cualquier cooperación con los centros mundiales, planteaban la necesidad de embarcarse en un movimiento de ruptura (Diez, 2010).

quienes se habían apoyado en una literatura producida para el estudio de otras realidades.

Ahora bien, la recuperación del pensamiento social hizo que algunos ensayistas que no tenían una visión muy favorable de la disciplina encontraran amplio eco entre buena parte de los sociólogos y de los estudiantes. Sus críticas a la “sociología científica”, gestadas al calor de la disputa trabada con Germani y sus colaboradores, ganaron en ese marco una creciente difusión entre los propios sociólogos (Sidicaro, 1993)¹².

En los años previos, en efecto, los ensayistas no se habían mantenido indiferentes frente al movimiento de renovación de la sociología impulsado desde la UBA. Difícilmente podría ser de otro modo si se recuerda que la “nueva” disciplina no sólo se había mostrado particularmente agresiva con su estilo de trabajo sino que había traído hacia sí una visibilidad pública bastante significativa, confirmada por el éxito editorial de algunas de sus publicaciones (Blois, en prensa)¹³. En ese marco, algunos de los ensayistas más reconocidos debieron embarcarse en un movimiento de defensa de su posición como interpretes legítimos de la realidad nacional. Para ello, sin mayores ánimos de tender puentes, asumieron un tono fuertemente polémico que exacerbaba las diferencias. La reivindicación del carácter antiacadémico de su trabajo, la defensa de la intuición o el conocimiento forjado en la “experiencia de vida”, sumados al cultivo de un lenguaje llano y no especializado, fueron entonces blandidos como banderas contra la visión limitada –proclive a perderse en las “minucias del dato”– de los sociólogos. Como apunta Saítta, “la consolidación de la sociología científica obligó a los ensayistas a justificar una práctica y un método de análisis que hasta entonces gozaban del mayor prestigio intelectual” (Saítta, 2004: 131).

Así, por ejemplo, Juan José Sebreli, autor de *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación*, un ensayo publicado en 1964 que alcanzó una enorme

¹² Muestra de ello, según una nota realizada en 1971 por el popular semanario *Panorama* la mayoría de los ingresantes a la Carrera de la UBA habían decidido su carrera inspirados en la labor de algún ensayista (los más mencionados eran Scalabrini Ortiz, Juan José Hernández Arregui y Jorge Abelardo Ramos). A ellos se sumaban, expresión del proceso de fuerte politización, algunos líderes políticos (como el Che Guevara o Juan Perón). Cabe mencionar que los periodistas decían basar sus afirmaciones en una encuesta realizada a 50 estudiantes del primer año.

¹³ Según el semanario *Confirmado Los que mandan* de José Luis de Ímaz, un discípulo de Germani y ferviente defensor de la “sociología científica”, estaba agotando su tercera edición a menos de un año de publicado; *Política y sociedad en una época de transición* de Germani ya no se conseguía en las librerías y *La sociología en América latina* del mismo autor había vendido 5000 ejemplares en sólo seis meses (Confirmado, 16/7/1965, p.37)

difusión – rondando los 40 mil ejemplares vendidos al año de su edición (Saitta, 2004: 126)–, no desconocía los aportes de la sociología (o “sociología burguesa” como prefería llamarla) siempre y cuando fuesen integrados en una perspectiva que no desconociera el papel ineludible que la literatura y las “experiencias personales” tenían en la interpretación de la realidad social. En su opinión, la vida académica –de la cual no formaba parte–, “sofocaba” el “espíritu de aventura creadora” (Sebreli, 1986 [1964]: 12,13)¹⁴.

En un mismo sentido se ubicaba Arturo Jauretche, otro reconocido ensayista e intelectual, que solía aparecer con frecuencia en los medios de prensa. Así, en *El medio pelo en la sociedad argentina (Apuntes para una sociología nacional)*, otro *best-seller* aparecido en 1967, ya desde el subtítulo tomaba posición sobre la “nueva” disciplina. Y si bien reconocía “no estar especializado en la materia” y hablar “desde la orilla de la ciencia”, no por ello se privaba de realizar un conjunto de críticas a la “sociología científica” y sus “investigaciones de laboratorio” y “abundancias de citas y cuadritos” (Jauretche, 1967: 3). Identificándose con el autor del *Martín Fierro*, quien como él ahora, no había querido “hacer obra puramente literaria a través de un personaje de imaginación” (Jauretche, 1967: 3), reivindicaba un método que no sólo ensalzaba a la propia “experiencia” como su fuente privilegiada sino que relativizaba la supuesta validez de los “datos científicos”.

La rectificación por la experiencia del dato aparentemente científico exige haberse graduado en la universidad de la vida: por lo menos tener algunas carreras corridas en esa cancha, sin perjuicio de la bastante Salamanca para ayudar a Natura. Porque si el ratón de biblioteca, de hábitos sedentarios y anteojos gruesos, no es el más indicado para corregir el dato con las observaciones, tampoco basta con mirar para ver (Jauretche, 1967: 5).

Aún más, Jauretche no dudaba en poner en cuestión las encuestas, instrumento privilegiado por la “sociología científica”. Esos “sistemas”, según afirmaba, podían ser fértiles “en su lugar de origen” pero se revelaban inútiles en una realidad local que, “fluida” e “informal”, se revelaba “incodificable”.

Pregúntele usted a un paisano su juicio sobre algo o alguien y oirá que le contesta: Regular. Pero regular quiere decir bueno; o muy bueno; también malo. Serán su oído y el conocimiento del hombre los que darán la interpretación, según el tono y tal vez algún detalle mímico. Pero esto no es para el “potrillo” que hace la encuesta y menos

¹⁴ Frente a la pregunta de un periodista sobre el éxito de ventas de Sebreli, Germani no rehuía la descalificación: en su visión, el libro había tenido una buena acogida “porque incluye chismes sobre el comportamiento sexual de los porteños” (citado en *Confirmado*, 16/7/1965, p.37).

para la computadora electrónica. ¿Y el “gallego”? —el gallego de Galicia, se entiende—; hágale usted una pregunta cualquiera y verá que le contesta con otra: pruebe, y le juego cualquier cantidad a que acierto. Hace pocos días llevé a un industrial, que creía en la eficacia de las “encuestas”, a un café para mostrarle cómo actuaban los agentes de una investigación que había contratado. Los muchachos a quienes se les paga por el número de planillas que llenan estaban reunidos a lo largo de dos mesas y los formularios se alternaban con los pocillos de café. Mi amigo industrial puso los ojos como “dos de oro” cuando oyó que unos a otros se preguntaban. Y a este, ¿qué le ponemos?, y así las iban llenando, cansados de golpear puertas estérilmente, o de que los encuestados les hicieran un interrogatorio a ellos en actitud defensiva, o les contestaran a la “macana” (Jauretche, 1967: 7)¹⁵.

Las críticas de los ensayistas a la “sociología científica” calaron hondo entre los partidarios de la “sociología nacional” quienes afirmaron, de modo cada vez más convencido, que el conocimiento debía ser producido según los cánones y estilos de trabajo de los ensayistas y no según los moldes de las metodologías importadas desde el exterior. Muestra de ello, cabe aquí recordar la polémica que Francisco Delich y Roberto Carri mantuvieron justamente en torno a la valoración del libro de Jauretche *El medio pelo en la sociedad argentina. (Apuntes para una sociología nacional)*. El contrapunto, aparecido en sucesivos números de la *Revista Latinoamericana de Sociología* fue una de las pocas veces en que un medio identificado con la “sociología científica” se hizo eco del debate con la “sociología nacional” (Blois, 2009).

Delich era un sociólogo marxista que, si bien recusaba el funcionalismo propio de la sociología impulsada a partir de 1955, defendía la creencia en el carácter científico de la disciplina (Delich, 1977). En su reseña, que no se ahorra los comentarios ácidos e irónicos contra el célebre ensayista, retomaba sin mencionarlo las críticas que Germani había dirigido a los enfoques “despreocupados” por la verificación empírica. Luego de analizar de manera extensa los principales argumentos del libro —que, según sostenía, era “farragoso, desordenado, repetitivo”—, terminaba afirmando, con un todo decididamente agresivo y sin voluntad de establecer demasiados diálogos, que su éxito editorial debía más a su sensacionalismo que a la “riqueza de sus enseñanzas” (Delich, 1967: 308). Si la reseña constituía una respuesta frente a

¹⁵ Ahora bien, lo anterior no impidió que los ensayistas procedieran a una apropiación bastante amplia de buena parte de los hallazgos y “datos” provistos por la “sociología científica”; que incluso usaban como argumentos de autoridad. Sin dudas, esa reapropiación favoreció una inflexión en el ensayismo local que, matizando el perfil “esencialista” que, como notan Jackson y Blanco (2014) lo había caracterizado en el pasado, asumía ahora un carácter más “histórico” y “social”. Según Neiburg, la incorporación de la sociología por el ensayismo, aunque disimulada, puede ser vista como uno de los indicadores del arraigo de la sociología motorizada por Germani: “justamente, la de transformarse en la voz de la ciencia, consagrándose como sociología científica y transmitiendo parte de aquella autoridad aún a aquellos que la citaban para atacarla” (Neiburg, 1998: 90).

los ataques del ensayismo, sus argumentos no dejaban de dirigirse a quienes desde la Carrera de la UBA buscaban formar una “sociología nacional” inspirándose en ese y otros pensadores afines.

La respuesta, titulada de modo provocativo “Un sociólogo de medio pelo”, no se hizo esperar y fue asumida por Carri, una de las figuras más populares de las “cátedras nacionales”, de gran predicamento entre el público estudiantil (Moscona, 2010; Nassif y Dawyd, 2014). En ella se hacía una convencida defensa de “los aportes al conocimiento de la realidad argentina” de la obra de Jauretche, cuestionando la ceguera de los “sociólogos académicos” que preferían los moldes teóricos foráneos, producidos para interpretar otras realidades, en vez de apoyarse en el conocimiento “práctico” y comprometido que emerge “con los pies bien afirmados en la realidad que analizan y donde actúan”. En su visión, que cuestionaba la divisoria entre ciencia y política, se valoraba la trayectoria y vocación política de Jauretche y no se dudaba en señalar que la sociología académica, ocultando sus nexos con la política, expresaba de modo inevitable “el punto de vista de los intereses coloniales” (Carri, 1968:127).

Como vemos, la recuperación del pensamiento social y las disputas que se dieron alrededor del mismo, lejos de moderar la oposición planteada por Germani y sus colaboradores en el período anterior, la reforzaba. Los partidarios de una y otra posición tendían a ver a la sociología “académica”, de base empírica y conectada con las agendas de discusión internacionales, como un cuerpo de saberes diferente –y casi opuesto– al pensamiento social. Entre ambos, según una mirada que era compartida, no había ni podía haber demasiados cruces o diálogo. Si la preferencia entre uno y otro polo variaba, el abismo entre ambos se daba por descontado. Así, se dio un juego de distinciones y rechazos en el que mientras unos tendían a prescindir de la prueba empírica (por asociarla a una sociología carente de imaginación y descomprometida y, para peor, muchas financiada por fundaciones norteamericanas), los otros tendían a ignorar las tradiciones locales de pensamiento (por su carácter “impresionista” y excesivamente “valorativo” o “ideológico”), siendo privados de una fuente de ideas y pistas analíticas sin duda valiosos, y de un mayor conocimiento histórico de su propia sociedad.

Semejante situación contrastaba con lo que de modo paralelo se daba en otros países de América Latina. Allí la recuperación del pensamiento social o ensayismo, que era valorado también como una forma de limitar los efectos perniciosos de lo que aparecía como una aplicación acrítica de conceptos elaborados en y para otras latitudes, no suponía necesariamente el abandono de la idea de la sociología como una disciplina con pretensiones científicas, sistemática y validada empíricamente. Para dar un ejemplo, el sociólogo paulista Octavio Ianni afirmaba que el ensayismo constituía una fuente de interpretaciones e ideas “pioneras” capaces de abrir nuevas perspectivas a las tareas de investigación empírica de los sociólogos. En su visión, esa literatura debía ser uno de los principales puntos de apoyo a la hora de minimizar los efectos negativos implicados en la “transferencia, en ciertos casos pura y simple, de la problemática de otros países a las naciones latinoamericanas” (citado en Brasil Jr. 2013: 75). En casos como éste, aun cuando no se dejaban de reconocer las diferencias entre sociología y ensayo, se planteaba un diálogo capaz de estimular la “imaginación sociológica” a la hora de pensar la propia realidad nacional.

Reflexiones finales

La empresa impulsada por Germani y sus colaboradores en conexión con las instituciones internacionales preocupadas por modernizar las ciencias sociales en la región conllevó una profunda reorientación de la sociología en la Argentina. Al cabo de unos pocos años, los espacios universitarios de formación propios de la disciplina se habían multiplicado, se había puesto en marcha un ambicioso programa de investigaciones y la disciplina había adquirido una presencia pública que no reconocía antecedentes. Los sociólogos eran citados en los medios de comunicación masivos y sus libros, al menos en algunos casos, se leían masivamente.

Sin dudas, una parte del dinamismo y carácter innovador de aquella empresa estuvo vinculado a la decidida ruptura que la llamada “sociología científica” planteó con quienes hasta allí se habían hecho cargo de la enseñanza de la disciplina –los “sociólogos de cátedra– pero también con los

ensayistas, quienes hasta entonces habían detentado un virtual monopolio a la hora de interpretar la realidad nacional y sus posibles derroteros.

Ahora bien, esa ruptura no se dio sin costos. Al rehuir el intercambio con el pensamiento social la nueva empresa no sólo se privaba de un mayor arraigo en el espacio intelectual e institucional local que mitigase el sesgo “importador” que sus detractores no demoraron en percibir, sino que se privaba también de un conjunto de saberes y enfoques sobre la sociedad argentina que podían alentar la elaboración de un conjunto de principios interpretativos originales o sugerir valiosas hipótesis de trabajo. De ese modo, ante la tensión que se plantea a los espacios intelectuales periféricos entre alentar una mayor apertura –promoviendo nuevas discusiones a riesgo de recaer en el culto a las referencias y autores extranjeros–, o propiciar la reivindicación y cultivo de las tradiciones nacionales de pensamiento –a riesgo de caer en cierto provincianismo–, la elección fue clara. Sin dudas, la creencia en el carácter universal de los procesos que atravesaban las diversas sociedades en su transición a la “modernidad” facilitaba esa opción.

A partir de los años sesenta, el ascendiente de los discursos antiimperialistas promovió entre los sociólogos la afirmación de una mirada que buscaba dar más atención a las especificidades locales. A veces esas especificidades eran atribuidas a la nación y a su particular historia, otras a América latina en su conjunto, otras, finalmente, a una nueva y más amplia unidad, el Tercer Mundo. Como sea, comenzaba a ganar ascendiente una clara preocupación por partir de un enfoque que resaltara las diferencias que había entre el desarrollo de los países centrales y los países periféricos.

En ese contexto, se produce una masiva recuperación del pensamiento social, visto ahora como un cuerpo de ideas insustituibles en la elaboración de una “sociología nacional”, una sociología más sensible a las particularidades locales. Así, autores que hasta 1966 habían permanecido prácticamente ajenos a las clases de la Carrera de la UBA se volvieron material de lectura obligatorio. Es cierto que esos autores gozaban de una renovada estima en los medios intelectuales y universitarios más amplios, pero su revaloración entre los sociólogos era parte de una reacción contra la “sociología científica” y su desprecio por el ensayismo.

Ahora bien, como vimos, la reivindicación de esas tradiciones no se hacía con la idea de integrar sus aportes a los últimos desarrollos de la disciplina. Lejos de ello, su utilización tendía a asociarse al rechazo sin más de esos desarrollos y de quienes los promovían en el medio local. Aun de aquéllos que, críticos de las ideas funcionalistas y del *mainstream* sociológico, promovían la recuperación de las ideas marxistas. Ante el dilema que plantea la relación con las ideas producidas en otras latitudes, la elección fue también clara aunque de signo inverso: los impulsores de la “sociología nacional” no se cerraban al diálogo con las producciones de la región pero tendieron a despreciar aquéllas provenientes de los centros mundiales de la disciplina.

Pero había más, la crítica a la “sociología científica” no se circunscribió al rechazo de la “dependencia intelectual” que se le atribuía sino que, imbuida de los argumentos de los ensayistas, abarcó su estilo de trabajo y en particular su vocación por la investigación empíricamente informada. En esas condiciones, la afirmación de las tradiciones intelectuales locales fue indisociable de la afirmación del *ensayo* contra el *informe de investigación*, y de la reivindicación de la experiencia “práctica” contra la elaboración sistemática de información. Las cosas se daban como si la vocación por construir una agenda de discusiones propias, o de aventurarse en la búsqueda de nuevas y originales categorías de análisis, fuese incompatible con la preocupación por contrastar la validez empírica de lo que se afirmaba. Por supuesto, semejante orientación poco hacía para acercar posiciones. En esas condiciones, la preocupación por recuperar las tradiciones locales de pensamiento estuvo lejos de cuestionar la oposición planteada en el período anterior entre una “sociología científica” y el ensayismo.

Bibliografía

- Altamirano, Carlos (2004): “Entre el naturalismo y la psicología: el comienzo de la *ciencia social* en la Argentina”, en Federico Neiburg y Mariano Plotkin (comps.): *Intelectuales y expertos*, Paidós, Buenos Aires.
- Blanco, Alejandro (2006): *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*, SigloXXI, Buenos Aires.
- Blois, Juan Pedro (2009): “Interpretaciones enfrentadas de la historia de la sociología en Argentina. Las lecturas del pasado como disputas del presente” en *Argumentos. Revista de crítica social*, nro.10.
- Blois, Juan Pedro (en prensa): *Vocación, profesión y política. Cincuenta años de sociología en la Argentina (1957-2007)*, Buenos Aires, Eudeba.

- Brasil Jr., Antonio (2013): *Passagens para a teoria sociológica: Florestan Fernandes e Gino Germani*, Hucitec Editora, San Pablo.
- Carri, Roberto (1969): "El formalismo en las ciencias sociales (2da. parte)", *Antropología del tercer mundo*, nro.2.
- Erro, Carlos (1957): "La sociedad campesina de la pampa y el litoral. El gaucho y su mundo", Cuadernos del Boletín del Instituto de Sociología, nro.4.
- Faigón, Miguel (2012): "La institucionalización de la 'sociología nacional' y sus estrategias", en *VII Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de la Plata*, La Plata.
- Fiorucci, Flavia (2011): *Intelectuales y peronismo*, Biblos, Buenos Aires.
- Germani, Ana (2004): *Gino Germani*, Taurus, Buenos Aires.
- Germani, Gino (1964): *La sociología en América Latina: problemas y perspectiva*, Eudeba, Buenos Aires.
- Germani, Gino (1979 [1961]): "Departamento de Sociología: una etapa. 1957-1962", en *Desarrollo Económico*, vol. 19, nro. 74.
- González, Horacio (2000): "Formas de discreción en el intento de una historia crítica de la sociología argentina", en Horacio González (comp.): *Historia crítica de la sociología argentina. Los raros, los clásicos, los científicos, los discrepantes*, Colihue, Buenos Aires.
- González Bollo, Hernán (1999): *El nacimiento de la sociología empírica en la Argentina: El Instituto de Sociología, Facultad de Filosofía y Letras (UNA), 1940-54*, Dunken, Buenos Aires.
- Jackson, Luiz y Blanco, Alejandro (2014): *Sociologia no espelho*, San Pablo, editora34.
- Jauretche, Arturo (1967): *El medio pelo en la sociedad argentina: apuntes para una sociología nacional*, Peña Lillo, Buenos Aires.
- Mora y Araujo, Manuel (1971): "La sociedad y la praxis sociológica", *Desarrollo Económico*, vol. 11, nro. 41, Buenos Aires.
- Moscona, Gustavo (2010): *Peronismo e intelectuales: la experiencia de las Cátedras Nacionales en la Universidad de Buenos Aires en el período 1967-1974*, tesis de maestría, Facultad de Ciencias Sociales.
- Murmis, Miguel (2004): "Materiales para una historia de la sociología en la Argentina (1950-1970). Entrevista a Miguel Murmis", en *Cuestiones de Sociología*, nro. 2, UNLP, La Plata.
- Nassif, Silvia y Darío Dawyd (2014): "La revista *Estudios Sindicales* de Roberto Carri. Un documento para el estudio de la clase obrera de los sesenta", *Corpus. Archivos virtuales de la alteridad americana*, vol. 4, nro. 2.
- Neiburg, Federico (1998): *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Alianza, Buenos Aires.
- Noé, Alberto (2005): *Utopía y desencanto. Creación e institucionalización de la Carrera de Sociología en la Universidad de Buenos Aires, Miño y Dávila*, Buenos Aires.
- Pereyra, Diego (2005): *International Networks and the Institutionalization of Sociology in Argentina (1940-1963)*, Tesis de Doctorado, School of Social Sciences and Cultural Studies, University of Sussex, Brighton.
- Picó, Joseph (2003): *Los años dorados de la sociología (1945-1975)*, Alianza editorial, Madrid.
- Pujol, Sergio (2007): "Rebeldes y modernos. Una cultura de los jóvenes", en Daniel James (comp.): *Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, Tomo IV, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, pp. 280-328.

Rubinich, Lucas (1999): "Los sociólogos intelectuales: cuatro notas sobre la sociología en los '60", en *Apuntes de Investigación del CECyP*, n° 4.

Saítta, Sylvia (2004): "Modos de pensar lo social. Ensayo y sociedad en la Argentina (1930-1965)", en Neiburg, Federico y Mariano Plotkin (comps.): *Intelectuales y expertos*, Buenos Aires, Paidós.

Sarlo, Beatriz (2001): *La batalla de las ideas (1943-1973)*, Ariel, Buenos Aires.

Sebreli, Juan (1986 [1964]): Buenos Aires, vida cotidiana y alienación, Buenos Aires.

Sidicaro, Ricardo (1993): "Reflexiones sobre la accidentada trayectoria de la sociología en la Argentina", en *Cuadernos Hispanoamericanos*, vol. 517-519.

Terán, Oscar (1993): *Nuestros años sesenta*, El Cielo por Asalto. Buenos Aires.

Tortti, M. Cristina (2006): "La Nueva Izquierda en la historia reciente de la Argentina", en *Cuestiones de Sociología*, nro.3, UNLP, La Plata.